

Tà Tarkal

El libro de la Ética
de los Arkhanen Sibbar

Tå Tarkal

El libro de la Ética
de los Arkhanen Sibbar

basado en las sentencias de
nuestro Ragna Gunnar Arkag
y la enseñanza de los Sabios de la Tradición

PROLOGO

Urhaggar

Apreciado Kalandar, este libro ha sido creado con la finalidad de contribuir a vuestra formación arkhanen. Contiene él sentencias de nuestro Ragna Gunnar Arhag y enseñanzas variadas de los Sabios de la Tradición. En el caso de las sentencias de Arhag cabe señalar que algunas de ellas se han obtenido de libros apócrifos, como las “Memorias” de Albert Speer, el libro “Yo creí en Hitler” de Baldur von Schirach y “Conversaciones con Hitler” de Hermann Rauschning. La razón para incluirlas aquí es simple: en todos los casos ellos recogen el espíritu de su ética y son coherentes con su pensamiento más profundo, el que nos ha sido revelado por los Maestros desconocidos de la Orden. También se incluyen aquí algunas sentencias extraídas del libro de Kubisek, por las mismas razones que justifican la inclusión de otras sentencias. Más allá de éstas inserciones, la mayoría de las citas y extractos corresponden al libro “Mi Lucha” y a los discursos efectivamente pronunciados por Arhag, en el pleno ejercicio de su liderazgo, como Gunna de la nación alemana, y jefe espiritual de los arios.

La segunda parte de este libro recoge el pensamiento ético de los maestros y sabios de la Tradición. Se incluyen aquí citas y extractos de autores variados como Savitri Devi y Nietzsche, junto a las citas de algunos maestros desconocidos o guías de la Tradición como Margarite Vaal de Marne, Barar Aragón y Gabriel de la Frontera.

Una tercera parte y final de este tratado pasa revista a los textos más significativos y relevantes del libro de Edwige Thibaut, la Orden SS, con extractos y citas de los cuadernillos de formación política -y ética- del escuadrón de Protección del Ragna Gunnar.

Estos son, en suma, los contenidos de este pequeño tratado. Es menester nuestro que cada uno de ellos pueda calar hondo en la formación de nuestros Kalander, para su propio provecho personal, y el de toda nuestra Corte.

Salve Arhag
Salve Arkhanen Sibbar

70/33

I PARTE

LAS SENTENCIAS
DE ARHAG

Sobre el carácter y la formación del Arhag

1

¡Yo no quería convertirme en funcionario! Me resultaba abominable el pensamiento de, cual un esclavo, llegar un día a sentarme en una oficina, de no ser el dueño de mi tiempo sino, al contrario, limitarme a tener como finalidad en la vida llenar formularios.

2

En brazos de la "Diosa Miseria" y amenazado más de una vez de verme obligado a claudicar, creció mi voluntad para resistir, hasta que triunfó. Debo a aquellos tiempos (los tiempos de su juventud en Viena) mi dura resistencia de hoy y la inflexibilidad de mi carácter. Pero más que todo, doy todavía mayor valor al hecho de que aquellos años me sacaran de la vacuidad de una vida cómoda para arrojarme al mundo de la miseria y de la pobreza, donde debí conocer a aquellos por quienes lucharía después.

3

Viena, la ciudad que para muchos simboliza la alegría y el medio ambiente de gentes satisfechas, para mí significa, por desgracia, sólo el vivo recuerdo de la época más amarga de mi vida. Hoy mismo Viena me evoca tristes pensamientos. Cinco años de miseria y de calamidad encierra esa ciudad feacia para mí. Cinco largos años en cuyo transcurso trabajé primero como peón y luego como pequeño pintor, para ganar el miserable sustento diario, tan verdaderamente miserable que nunca alcanzaba a mitigar el hambre; el hambre, mi más fiel guardián que casi nunca me abandonaba,

compartiendo conmigo inexorable todas las circunstancias de mi vida. Si compraba un libro, exigía su tributo; adquirir una entrada para la ópera, significaba también días de privación. ¡Qué constante era la lucha con tan despiadado compañero!

Sobre la arquitectura y la afición a la arquitectura

1

Mi talento para la pintura parecía superado por mi afición al dibujo, sobre todo en el campo de la Arquitectura. Al mismo tiempo, crecía mi interés cada vez más por el arte de las construcciones.

2

Fui a la capital a estudiar la galería de pintura del Hofmuseum, pero prácticamente sólo me interesaba el propio edificio que albergaba el museo.

3

Quería ser arquitecto, y como las dificultades no se dan para capitular ante ellas, sino para ser vencidas, mi propósito fue superarlas, teniendo presente el ejemplo de mi padre que, de humilde muchacho aldeano, lograra hacerse un día funcionario del Estado.

Sobre la Educación de la Juventud

1

Mi pedagogía es dura. Trabajo con el martillo y desecho lo débil o carcomido. En nuestra Orden formaremos una juventud que hará temblar al mundo. Una juventud

violenta, imperiosa, intrépida, cruel. Aprenderán a soportar el dolor. No admitiremos en ella debilidad ni ternura. Tendrá la fuerza y la belleza de las jóvenes fieras. Practicarán todos los ejercicios físicos. Ante todo, será una juventud atlética: eso es lo más importante. Así es cómo purgaremos la milenaria raza domesticada y adormecida. Así es cómo la devolveremos a la inocencia y a la nobleza de la Naturaleza; así es como la construiremos y crearemos.

2

No quiero que sobre mis juventudes haya ninguna instrucción intelectual. El saber no haría más que corromperlos. Que sepan solamente lo que pueden aprender por el libre juego de la curiosidad y la emulación. La única ciencia que exigiré de los jóvenes será la dominación de sí mismos. Aprenderán a dominar el miedo. He ahí el primer grado de mi Orden, el grado de la juventud heroica. De allí saldrá el segundo grado, el del hombre libre, del hombre que es la medida y el centro del mundo, del hombre creador, del hombre-dios. En mis “Castillos” de la Orden, el hombre-dios será la imagen espléndida de la criatura que no recibe órdenes más que de sí misma, como una imagen de culto, y que preparará a la juventud para la futura etapa de la madurez viril.

Sobre las Clases Sociales

El ambiente que rodeó mi juventud era el de los círculos de la pequeña burguesía; es decir, un mundo que muy poca conexión tenía con la clase netamente obrera, pues aunque a primera vista resulta paradójico el abismo que separa a estas dos categorías sociales, que de ningún modo gozan de una situación económica desahogada, es

a menudo más profundo de lo que uno puede imaginarse. El origen de esto - llamémosle belicosidad - radica en que el grupo social que no hace mucho saliera del seno de la clase obrera, siente el temor de descender a su antiguo nivel, o que se le considere como perteneciente todavía a ese grupo. A esto hay que añadir que para muchos es amargo el recuerdo de la miseria cultural de la clase proletaria y del trato grosero de esas gentes entre sí, con lo cual, por insignificante que sea su nueva posición social, llega a hacérseles insoportable todo contacto con gentes de un nivel cultural ya superado por ellos.

Sobre las Clases Sociales y el principio de la Jerarquía

1

La sociedad sin clase de los marxistas es una locura. El orden implica siempre una jerarquía. Mas no es menos locura el concepto democrático de una jerarquía basada en el dinero. Una verdadera dominación no puede nacer de los beneficios aleatorios realizados por las especulaciones de las gentes de negocio. El secreto de nuestro éxito está precisamente en haberlo subordinado todo, en la lucha política, a la ley vital de la verdadera dominación. La verdadera dominación únicamente existe allí donde se encuentra la verdadera sumisión. En modo alguno se trata de suprimir la desigualdad entre los hombres, sino, por el contrario, de ampliarla y hacer de ella una ley protegida por barreras infranqueables, como en las grandes civilizaciones de los tiempos antiguos. No puede haber derecho igual para todos. Tenemos el coraje de hacer de ello no tan sólo el lema de nuestra conducta, sino también de conformarnos a ella.

En el orden natural de las cosas—prosiguió—, las clases se superponen, pero no se mezclan. Volveremos a esa jerarquía en cuanto podamos suprimir las consecuencias del liberalismo. Es en plena Edad Media cuando comenzó la acción disolvente del liberalismo sobre las barreras rígidas que permitían la dominación de una aristocracia de sangre pura. Esa destrucción de los más subidos valores ha continuado sin descanso hasta nuestra gloriosa época, en que hemos visto a los elementos inferiores de las naciones europeas conquistar el Poder, mientras los selectos caían en la servidumbre y la dependencia.

Sobre política

La Austria germana debe volver al acervo común de la patria alemana, y no por razón alguna de índole económica. No, de ningún modo, pues aun en el caso de que esta fusión, considerada económicamente, fuera indiferente o resultara incluso perjudicial, debería efectuarse a pesar de todo. Pueblos de la misma sangre se corresponden a una patria común.

Sobre la Ciencia

La ciencia del Método es un fenómeno social, y como todos los fenómenos sociales, no tiene otros límites legítimos que el provecho o el daño que acarrea a la comunidad.

2

Es cierto que hay una ciencia nórdica y una ciencia nacionalsocialista, que deben hallarse en oposición a la ciencia judeo-liberal, la cual no ha cumplido ya su misión y se destruye a sí misma.

3

Doy gracias a mi destino por haberme ahorrado las orejas de una educación científica. He podido mantenerme libre de numerosos prejuicios simplistas, lo cual me ha resultado bien. Júzgo todo con una imparcialidad total y un alma de hielo.

Sobre el Nuevo Orden Social

1

El nuevo orden social, que deberá nacer al mismo tiempo que una nueva clase de jefes, no será el fruto de fantasías especulativas ni de experiencias de laboratorio: surgirá de un proceso histórico único. Estamos precisamente en el centro de ese proceso. Vivimos en medio de la conmoción revolucionaria producida por la abdicación de las viejas clases sociales y el ascenso de las nuevas. Pero los señores marxistas yerran al imaginar que es el proletario quien reemplazará al “junker” a la cabeza del nuevo orden social. Tal idea refleja bastante bien la ridícula cobardía de la burguesía claudicante, que ve en el proletariado una suerte de salvador místico portador de la salud social. El proletariado, en su significado político actual, es uno de los síntomas transitorios de un orden social moribundo, tales como la nobleza y la burguesía.

En el futuro orden social habrá una clase de señores, oriunda de los elementos más diversos, reclutada en el combate, y justificada así históricamente. Habrá la muchedumbre de los diversos miembros del partido, cualificados jerárquicamente. Habrá también la gran masa de los anónimos, la colectividad de los servidores, de los inferiores, ad aeternum. Poco importa que en la moribunda sociedad burguesa hayan sido propietarios agrícolas u obreros. La posición económica y el papel social de antes perderán toda significación. Esas distinciones ridículas serán fundidas en un solo y único proceso revolucionario. Más abajo aún veremos la clase de los extranjeros conquistados, de los que llamaremos fríamente los esclavos modernos. Y por encima de todo ello, habrá la nueva alta nobleza, compuesta de las personalidades dirigentes más meritorias y más dignas de la responsabilidad. De esa suerte, en la lucha por el Poder y dominio dentro y fuera de la nación, es como irá creándose un orden nuevo. Mas esa transformación no se efectuará, como creen nuestros profesores y nuestros ratones de bibliotecas, por la influencia de una constitución agenciada por ellos y promulgada por decreto gubernamental.

Es el este donde nacerá el nuevo orden social europeo. Tal es el gran significado de nuestra política respecto de Oriente. En nuestra nueva aristocracia serán admitidos igualmente los representantes de otras nacionalidades que hayan demostrado simpatía por nuestro combate. Pues el racismo biológico es sólo uno de los aspectos de nuestro sistema. Por eso, desbordaremos las fronteras del estrecho nacionalismo de hoy, pues los grandes

Imperios, si bien nacen sobre una base nacional, de prisa la trasponen y la olvidan.

4

Hay que acabar, de una vez y para siempre, con la educación general. Ésta es el veneno más corrosivo y disolvente que haya inventado el liberalismo. No puede haber sino un grado de instrucción para cada clase, y en cada clase, para cada sector. La libertad total de educación debe ser el privilegio de una élite y de los que la élite admite en su seno. Todo el aparato de la ciencia debe permanecer bajo seguridad permanente. La ciencia es el instrumento de la vida, pero no su esencia. Por eso, dispensaremos a la gran masa de la clase inferior los beneficios del analfabetismo. Por lo que hace a nosotros; nos salvaremos de todos los prejuicios humanitarios y científicos. Y a ese efecto, enseñaré a la nueva aristocracia el evangelio del hombre libre, del hombre señor de su muerte y de su vida, elevándose por encima del temor humano y de la superstición; del hombre que se adiestra para ser dueño de su cuerpo, de sus músculos y de sus nervios tan perfectamente como el simple soldado, pero que dominará, además, las tentaciones del espíritu o de una pseudo-libertad científica.

5

Para la construcción del nuevo Orden social, es preciso derrocar el antiguo y en ello los judíos son nuestros mejores auxiliares. Ellos están, en todas partes, en las filas de los enemigos del orden y de los agitadores, y, al mismo tiempo, son los envidiados poseedores de formidables capitales. Es, pues, fácil justificar la lucha contra los judíos en todos los países por medio de ejemplos populares al alcance de todos. Desde el

instante en que se incrusta en los cerebros el principio racista y se denuncian las fechorías de los judíos, todo lo demás se deduce rápidamente. Paso a paso se llega entonces a defender la demolición del viejo orden político y económico, y se acerca a las nuevas ideas de la política biológica.

Sobre el Socialismo y el Partido NS

1

El partido desempeña el papel de la sociedad de antes; he aquí lo que quise explicarle. El partido lo abarca todo. Regula la existencia en todos los sentidos y en todas las esferas. Cabe, pues, prever cuadros dentro de los que insertaremos la vida entera de cada individuo. Todos sus gestos y necesidades serán regidos y satisfechos por la comunidad, de la cual es expresión el partido. No hay más libre arbitrio, ni lagunas, ni aislamientos; el individuo deja de pertenecerse. Eso es socialismo, y no la organización de cosas secundarias, como la cuestión de la propiedad privada o la de los medios de producción. ¿A qué suenan esas cuestiones cuando he sometido a los individuos a una disciplina rígida, de la cual no se pueden escapar? Allá ellos con la posesión de todo el suelo, todas las casas y todas las fábricas que quieran. El punto de importancia es que, propietarios u obreros, sean ellos mismos propiedad del Estado. Entiéndame bien: todo aquello ya carece de sentido. Nuestro socialismo va mucho más lejos. No altera en nada el orden exterior de las cosas; pero ordena, en cambio, todas las relaciones del individuo con el Estado o la comunidad nacional. Establece esa disciplina dentro del cuadro de un solo partido. O más exactamente: crea el orden dentro de un orden.

2

¿Qué significa nacionalización, socialización? ¿Como si algo cambiara por el hecho de que los títulos de propiedad de la fábrica estén en manos del Estado, y no ya en las del señor Lehmann o del señor Schultze! En cambio, desde que los directores y el alto personal están sometidos, como los obreros, a una disciplina general, sobreviene el orden nuevo, ante el cual se anonadan todas las concepciones del pasado.

Sobre el Principio de Acción

1

Sólo nos acercamos al misterio del mundo por la exaltación de los sentimientos y en la acción. No me gusta Goethe; mas estoy dispuesto a perdonarle mucho por esta única frase: 'En el principio era la acción.'

2

Desconfiemos del espíritu, de la conciencia, y fiémonos de nuestros instintos. Volvamos a la infancia, remocemos nuestro candor.

Sobre la religión

1

Las religiones valen tanto unas como otras. Ninguna tiene porvenir, para los alemanes por lo menos. El fascismo puede, si quiere, hacer su paz con la Iglesia. Yo haré lo mismo. ¿Por qué no? Ello no me impedirá en absoluto extirpar el cristianismo de Alemania. Los italianos, gentes candorosas, pueden ser al mismo

tiempo paganos y cristianos. Los italianos y los franceses, si radican en el campo, son paganos. Su cristianismo es superficial, epidérmico. Pero el alemán es distinto. Toma las cosas en serio: es cristiano o pagano, pero no ambas cosas. Por otra parte, como Mussolini nunca hará de sus fascistas héroes, poco me importa que sean paganos o cristianos.

2

Para nuestro pueblo la religión es una cuestión capital. Todo depende de saber si permanecerá fiel a la religión judeocristiana y a la moral servil de la piedad, o si tendrá una fe nueva, recia, heroica, en un dios inmanente, en la Naturaleza inmanente, en la nación misma, en un dios inseparable de su destino y de su sangre.

3

Dejemos de lado las sutilezas. Que se trate del Antiguo Testamento, o del Nuevo, o únicamente de las palabras del Cristo, como quiere Houston Stewart Chamberlain, todo ello no es más que un bluf judaico. ¡¿Una Iglesia alemana?! ¡¿Un cristianismo alemán?! ¡¿Qué podría a mí importarme eso?! Se es, o bien cristiano, o bien alemán; mas no se puede ser ambas cosas a la vez. Podéis expulsar a Pablo de la cristiandad. Otros ya lo hicieron. Puede hacerse de Jesús una noble figura y negar a un tiempo su divinidad. Eso es cosa de todos los tiempos. Hasta creo que existen en América y en Inglaterra, aún hoy, cristianos de esa catadura, llamados “unitarios” o algo por el estilo. Todas esas exégesis no sirven propiamente para nada. Por ese camino nunca llegaremos a purgar de nosotros ese espíritu cristiano que queremos destruir. No más hombres de mirar

torcido hacia el “más allá”. Queremos hombres libres, que sepan y sientan que Dios está en ellos.

4

Sería locura de nuestra parte querer hacer de Jesús un ario. Lo que Chamberlain escribió respecto a esto es simplemente idiota, por no decir otra cosa. Y aun cuando les impidiéramos a las Iglesias que sigan perdiendo terreno todos los días ¿Creéis, por ventura, que las masas volverían a ser cristianas? ¡Qué estupidez! Nunca más lo serán. El film ya terminó, ya nadie entrará en la sala; nos cuidaremos de ello. Los curas deberán cavar su propia fosa. Han de vendernos, motu proprio, su Dios de bondad. A objeto de conservar las subvenciones y su miserable estipendio, terminarán consintiéndonos en todo.

5

¿Para qué una religión unitaria, una Iglesia alemana, desvinculada de Roma? ¿No ven que todo ello está superado? ¡Cristianos alemanes, iglesias alemanas, cristianos cismáticos? ¡Todo eso sabe a viejas historias! Bien sé lo que debe fatalmente suceder, y llegado el momento favorable, ya nos encargaremos de que suceda así. Sin religión propia, el pueblo alemán no puede tener estabilidad. ¿Cuál será esa religión? Nadie lo sabe de momento. Lo presentimos, nada más.

6

Rehabilitaré las antiguas costumbres por todos los medios. Durante la Semana Santa, y en las Exposiciones agrícolas ambulantes, difundiré nuestro credo religioso de un modo expresivo, de modo que hasta el campesino

más obtuso la comprenda. El campesino debe saber lo que la Iglesia le ha hurtado: la intuición misteriosa y directa de la Naturaleza, el contacto instintivo, la comunión con el espíritu de la tierra. Así es como debe aprender, progresivamente, cuáles son los trucos de qué se han valido los sacerdotes para robarles el alma a los alemanes. Rascaremos el barniz cristiano y volveremos a hallar la religión de nuestra raza. Hay que comenzar por la campiña, y no por las grandes ciudades.

7

No vamos a complicarnos en la estúpida propaganda marxista del ateísmo. En las grandes ciudades no queda absolutamente nada. Mas nuestros campesinos viven aún sobre un fondo de creencias paganas, y partiendo de ahí podremos evangelizar algún día a las multitudes de nuestras ciudades.

8

A la doctrina cristiana de la primacía de la conciencia individual y de la responsabilidad personal opongo la doctrina libertadora de la nulidad del individuo y de su supervivencia en la inmortalidad visible de la nación. Suprimo el dogma de la redención de los hombres por el sufrimiento y muerte de un Salvador divino, y propongo un dogma nuevo: la redención de los individuos por la vida y la acción del nuevo legislador —Führer—, que viene a aliviar a las masas del fardo de la libertad.

Sobre el Hombre que Vendrá

La creación no ha terminado, a lo menos en lo que concierne al hombre. Desde el punto de vista biológico, el hombre llega claramente a una fase de su

metamorfosis. Ya se está esbozando una nueva variedad de hombre, en el sentido científico y natural de una mutación. La antigua especie humana ha entrado en el período de la decadencia y de la supervivencia. Toda la fuerza creadora se concentrará en la nueva especie. Las dos variedades evolucionarán rápidamente, para dirigirse en sentido opuesto. La una desaparecerá, mientras la otra se desarrollará, superando con mucho al hombre actual. De buena gana yo daría a esas dos variedades los nombres de hombre—dios y de animal—masa—

Sobre el Superhombre

El hombre ocupa el lugar de Dios; tal es nuestra doctrina secreta. El hombre es un dios en evolución, y debe tender siempre a superar sus propios límites. Desde que se detiene y pone límites a su acción, degenera y cae por debajo del nivel humano, acercándose a la animalidad. Un mundo de dioses y de bestias: he ahí lo que tenemos ante nosotros. Y en cuanto comprendemos esto, todo se torna muy claro. Siempre es el mismo problema el que tengo que resolver, bien se trate de la política cotidiana, o bien me esfuerce en someter el cuerpo social a un orden nuevo. Todo cuanto se inmoviliza, se para, tiende a permanecer estable. Todo lo que se aferra al pasado desmaya y perece. En cambio, cuantos escuchan la voz primitiva de la Humanidad y se consagran al movimiento eterno son los portadores de antorchas, las vanguardias de una nueva Humanidad. ¿Comprendéis ahora el sentido profundo de nuestro movimiento nacionalsocialista? ¿Cabe imaginarse algo más grandioso y más amplio? Quien entiende el nacionalsocialismo únicamente como un movimiento político no ha entendido nada del Nacionalsocialismo. El nacionalsocialismo es más que una religión: es la voluntad de crear al superhombre.

Sobre el Racismo y el Nacionalismo

1

Toda la política que carece de base biológica o finalidades biológicas es política ciega. Sólo el nacionalsocialismo conoce los trabajos que son necesarios. Mi política no es una política nacional, en el sentido corriente de la palabra. Establece sus escalas de valores y sus finalidades en un cuadro mucho más amplio. Abraza todo el conocimiento humano de las leyes de la Naturaleza y de la vida.

2

El problema es el siguiente: ¿Cómo detener la decadencia racial? ¿Hace falta atenerse simplemente a las ideas de Gobineau? De ellas hemos sacado las consecuencias políticas: nunca más igualdad, nunca más democracia. Mas ¿debemos dejar a la multitud seguir su inclinación, o hace falta detenerla? ¿No será bueno crear una selección de verdaderos iniciados? ¿Una orden? ¿Una hermandad o cofradía de templarios para la custodia del Santo Grial, del augusto receptáculo donde se conserva la sangre pura?

3

Estamos enfermos por la contaminación de la sangre; estamos todos manchados por la contaminación de las razas. ¿Cuál es para nosotros la vía de nuestro rescate, de nuestra expiación? Advertid que la piedad, a través de la cual se llega a la iniciación, no tiene virtud más que para el que está corrompido o mancillado por la impureza de la sangre. Y no olvidéis tampoco que esa piedad no

conoce más que un solo tratamiento: dejar morir al enfermo.

4

Basta devolver a la sangre noble el lugar que le corresponde, para que los pueblos de raza recuperen también su lugar por encima de los otros. La prueba de que será así reside en el triunfo de nuestro movimiento y la restauración nuestro prestigio.

5

La idea de nación ha quedado vacía de toda sustancia. Debí utilizarla al principio por razones de oportunismo histórico. Mas ya entonces sabía perfectamente que no podía tener más que un valor transitorio. Dejad la nación a los demócratas y a los liberales. Es un concepto que debemos permitir que se pudra. Lo sustituiremos por un principio más nuevo: el de raza. Únicamente los pueblos señalados por la Historia servirán los materiales para la construcción del orden futuro. Sería empresa fútil querer reformar y corregir las fronteras o las poblaciones. Ya no se tratará de competencia de naciones, sino de lucha de razas; tal es la idea que debemos inculcarlos.

6

Nuestra revolución es la última etapa de una evolución que conduce a la supresión del historicismo y al reconocimiento de los valores puramente biológicos.

Haré desaparecer, incluso en nuestra tierra alemana, aquello que se llama nacionalismo. Y estableceré una nueva alianza, un nuevo acuerdo entre los hombres fuertes, de habla distinta, de todas las tierras, pero oriundos de un mismo tronco común. Todos miembros de una cofradía universal, una Orden de amos y señores.

Sobre la interpretación racista del Parsifal de Wagner

1

Es preciso comprender a Parsifal en un sentido bien distinto a la interpretación corriente. Tras la fábula exterior, el baratillo de sacristía, la fantasmagoríaseudocristiana del Viernes Santo, se trasluce algo más profundo y grande. No se glorifica la religión de la piedad, según el evangelio neocristiano de Schopenhauer, sino al culto de la sangre noble y preciosa, de la pura y radiante joya, a cuyo alrededor se agrupa la cofradía de los paladines y de los sabios.

2

El rey Amfortas sufre de un mal incurable: la corrupción de la sangre. Parsifal, el héroe ignorante y puro, debe escoger entre las voluptuosidades del jardín de Klingsor, que simboliza el desenfreno de la civilización corrompida, y el austero servicio de los caballeros que velan por la sangre pura, fuente mística de toda vida. Ese es precisamente nuestro drama.

3

La vida eterna que procura el Grial está reservada sólo a los hombres de sangre pura, a los hombres nobles. Conozco a fondo todos los pensamientos de Wagner. En diversas etapas de mi vida he vuelto siempre a él. Sólo una nueva aristocracia nos procurará el beneficio de una nueva cultura. Dejada a un lado toda la exornación poética del drama wagneriano, queda la enseñanza práctica de la obstinada lucha por la selección y la renovación.

4

Vivimos en la época histórica de la separación de los villanos y de los nobles, en un cernido universal. Quien ve en la lucha el sentido verdadero de la vida asciende progresivamente hacia las cimas deseadas de la hidalguía. Quien busca el bienestar en el servilismo, el descanso y la seguridad, ése cae y se confunde, cualquiera que sea su nacimiento, en la masa ajena a la historia, en la masa deleznable de los esclavos, que hay que dejar morir con sus reyes, como Amfortas.

Sobre la felicidad

1

La era de la felicidad individual concluyó. La sustituimos por la aspiración a una felicidad común. ¿Existe cuadro más hermoso y a la vez más dichoso que una reunión nacionalsocialista, en la cual todo el mundo vibra al unísono, oradores y auditores? He ahí a qué llamo yo la felicidad de la comunidad. Tal felicidad sólo podían vivirla las primeras comunidades cristianas con igual intensidad. También ellos, los cristianos, sacrificaban su

bienestar particular a la felicidad superior de la Cristiandad. Si llegamos a identificarnos con nuestra gran revolución, si la tenemos en la sangre, ya no será menester atormentarnos por fruslerías o por algún fracaso aislado, por lo mismo que sabemos que avanzamos sobre todos los caminos, incluso cuando nos parezca que nos desviamos de la meta.

2

Y sobre todo. Cultivaremos nuestra inmovible voluntad de revolucionar al mundo en una medida jamás conocida en la Historia. Es, pues, de esa voluntad obstinada de donde extraemos nuestra felicidad secreta, esa alegría con que gustamos contemplar en torno nuestro a la muchedumbre, inconsciente de lo que hacemos con ella. La masa se hipnotiza con la superficial codicia que les es familiar; se adhieren a la propiedad, a la renta, al rango social y a otras riquezas pasadas de moda. Con tal de que eso les resulte accesible, todo lo demás lo encontrarán bien. Ignoran que ellos mismos han penetrado en un sistema nuevo, como en el engranaje de un mecanismo irresistible. No saben que los estamos transformando. ¿Qué significa, una vez más, la propiedad y la renta? ¿Qué necesidad tenemos de socializar Bancos y fábricas? ¡Socializamos los hombres!

Sobre su divinidad

1

El hombre nuevo (o sea, Dios) vive entre nosotros. ¡Está aquí! ¡No os basta eso? Os voy a decir un secreto: yo he visto al hombre nuevo. Es intrépido y cruel. ¡Y tuve miedo!

2

Está escrito que me sacrifique por el pueblo en la hora de mayor peligro.

3

La Providencia me ha designado para ser el gran libertador de la Humanidad. Libertaré al hombre del despotismo de una razón que encuentra en sí misma su propia finalidad; lo libero de una vil quimera que llaman conciencia o moral, y de las exigencias de una libertad individual que muy pocos hombres son capaces de soportar.

Sobre los judíos

1

Dos mundos se enfrentan: el hombre de Dios y el hombre de Satanás. El judío es la irrisión del hombre. El judío es la criatura de otro dios. Cabe suponer que ha salido de distinto tronco que el humano. Yo opongo el ario al judío, y si llamo a uno hombre, debo designar al otro de otra manera. Hay tanta diferencia entre los dos como entre las especies animales y la especie humana. No es que yo llame al judío animal. Está mucho más alejado del animal que nosotros, los arios. Es un ser extraño al orden natural, un ser fuera de la Naturaleza.

2

El judío se esconde tras de Inglaterra, tras de Francia y tras de Estados Unidos. Incluso cuando hayamos expulsado al judío de Alemania, siempre será nuestro enemigo mundial.

3

El judío fue el enemigo del Imperio romano, y antes lo fue de Egipto y de Babilonia. Mas yo seré el primero en declararle la guerra a muerte.

4

Recordad que el judío ha inventado esa economía del movimiento perpetuo de los capitales y de su acumulación que llamamos capitalismo, creación genial de un mecanismo a la vez tan refinado y tan perfectamente sencillo y automático. Confesémoslo: es un hallazgo genial, diabólicamente genial.

5

La economía moderna es una creación de los judíos. Está entera y exclusivamente dominada por ellos. Es su imperio universal, extendido sobre todos los reinos y más fuerte que todos los reyes del mundo. Mas ahora nos encuentran frente a ellos con nuestro concepto de la revolución eterna; somos dos rivales incompatibles, que no cabemos juntos, y uno tendrá que sucumbir, so pena de que los dos quedáramos destruidos.

6

¿No habéis advertido que el judío es fundamentalmente contrario al alemán? En la lucha contra ellos se juega el destino del mundo.

Sobre el Marxismo

1

En aquella época debí también abrir los ojos frente a dos peligros que antes apenas si los conocía de nombre, y que nunca pude pensar que llegasen a tener tan espeluznante trascendencia para la vida del pueblo alemán: el marxismo y el judaísmo.

Sobre política exterior

1

Austria se ha judaizado. Viena ha dejado de ser una ciudad alemana. No se ven más que mestizos eslavos. El buen alemán allí no supone nada. Gobiernan los curas y los judíos.

2

Que no nos vengan con cuentos. Austria no existe. Lo que así se llama no es más que un cadáver. Austria debe ser colonizada por el Reich, y urge hacerlo. Una generación más, y ese país estará perdido irremisiblemente para el germanismo; son gentes que ya olvidaron lo que significa la palabra alemán.

3

Les daremos a los latinoamericanos capitales y espíritu de trabajo. Les daremos incluso una tercera cosa: nuestras ideas políticas. Si existe continente donde la democracia es una insensatez y un medio de suicidio, desde luego es América del Sur. Se trata de convencer a esa gente de que puede y debe arrojar su liberalismo y

sus ideales demócratas por la borda. Sienten todavía vergüenza de hacer ostentación de sus buenos instintos. Se creen obligados a representar la farsa democrática. Pues bien, esperaremos algunos años, si es menester, y les ayudaremos a desecharlo. Naturalmente, habrá que enviarles gentes de la nuestra. Nuestra juventud debe aprender a colonizar... Esta es misión que no se lleva a cabo con burócratas correctos y gobernadores acompasados. Hacen falta para aquellos países jóvenes espabilados. No es cosa de mandarlos al despoblado o a desbrozar las selvas vírgenes. No; nos hace falta gente que tenga acceso a la buena sociedad.

4

Construiremos en el Brasil una nueva Alemania. Allí tendremos cuanto necesitamos.

Sentencias Breves

1

La inteligencia y la fidelidad rara vez van juntas.

2

Debemos actuar siempre con dureza y una conciencia limpia. Sólo así lograremos extirpar de nuestro pueblo la blanda indulgencia y el sentimentalismo burgués.

3

Pues bien, sí, somos unos bárbaros, y queremos serlo. Es un título de honor. Nosotros rejuveneceremos al mundo. El mundo actual toca a su fin.

4

La conciencia es un invento judío; es como la circuncisión: una mutilación del hombre.

5

La falsa ruta del Espíritu es el abandono del hombre de su vocación divina.

6

Debemos librarnos de todo sentimentalismo y hacernos duros.

7

Contemplar el Universo, especular sobre el pasado, como hacen los intelectuales, es borrarse a sí mismo del registro de los vivos y contarse entre los muertos.

8

La política es, literalmente, la forma práctica del destino.

9

Para mí no hay más que un derecho: el derecho vital de la raza.

10

La pasividad y la persistencia son contrarias al sentido de la vida. De ahí fluye el derecho divino de anonadar todo lo que dura.

11

La finalidad de la evolución humana es adquirir “la visión mágica”

12

No quiero, pues, que se me mida con los cánones de la moralidad burguesa.

13

Lo nórdico, reconquistará la supremacía y someterá a todos esos tenderos, pacifistas, puritanos y hombres de negocios que gobiernan hoy.

14

Mi deber consiste en endurecer al pueblo alemán.

15

No habrá más Dios de los judíos para proteger las democracias contra nuestra revolución.

16

Atravesaremos tiempos difíciles. Yo mismo haré surgir los obstáculos. Sólo sobrevivirá la raza más viril y empecinada. Y el mundo tendrá otra cara.

17

Para derribar las nociones y las escalas de valores del mundo entero basta únicamente con derribar el judaísmo.

18

El que nada aprende de sus enemigos es un necio. Sólo un hombre débil teme perder, en contacto con sus adversarios, sus propias ideas.

19

No puede haber dos pueblos elegidos. Nosotros somos el pueblo de Dios. En esas palabras está todo.

20

“Hay que lucir los emblemas prohibidos por el Gobierno, y alegrarse si son por ello sois castigados o golpeados”

Opiniones sobre Hitler

1

-¿Dónde encontrar el dios que Hitler ha invocado tantas veces en sus discursos, y al que denomina Providencia o Todopoderoso? Su dios es la estatua del hombre, el hombre-dios, la cual se yergue, cual obra de arte, en los “Castillos” de la Orden. Dios es el mismo Hitler.

2

-Hitler nos decía entonces que apenas conocíamos, por así decirlo, nada de él; que sus camaradas más íntimos del partido no tenían idea alguna de los proyectos que forjaba en su cerebro, de los edificios grandiosos con que soñaba, de los cuales dejaría, al menos, sólidas fundaciones.

3

-Hitler decía que preparaba una subversión del planeta que nosotros, los no iniciados, no la podríamos comprender en toda su amplitud. Hitler hablaba como un vidente.

4

-Hitler dijo que fundaría una Orden de Caballeros custodios de una doctrina secreta, celosamente oculta para el mundo profano.

5

-Hitler mantenía alejados de sus pensamientos más profundos a los jefes de la presente generación (S.A y el partido): la religión de los hombres nuevos, la creación de los superhombres

6

-Hitler rechazaba la tentación de revelar prematuramente sus proyectos más ambiciosos y más queridos

7

-Hitler tenía impaciencia por llegar al fin, a su ámbito personal, al ámbito del Estadista, creador y legislador, del artista y constructor de ciudades, del profeta y fundador de religiones.

8

-Sobre su Doctrina Secreta y los grados de su Orden Hitler declaró que no podía agregar nada más. Había otros grados (aparte de los dos grados enunciados: el primer grado de la juventud heroica y el segundo grado del hombre libre), de los cuales no podía ni debía hablar. Transmitiría este secreto por testamento a su sucesor. La revelación sublime vendría más tarde, mucho tiempo después de su muerte. No podía cumplir su misión mas que sacrificándose.

9

-Hitler era un mistagogo -esto es, un iniciador-iniciado en los misterios.

10

-De una cosa no hay duda: Hitler se consideraba a sí mismo un profeta, cuyo cometido supera en cien codos al de un hombre de Estado, creyéndose también muy en serio como el precursor de una nueva Humanidad.

11

-Debo decir todavía algo más respecto a la doctrina secreta de Hitler. Pocos la conocen. Y no se comprenderán los planes políticos de Hitler si no se saben sus pensamientos recónditos. Hitler no es supersticioso en el sentido habitual de la palabra. Su afición por los horóscopos y el ocultismo se enlaza a la convicción de que el hombre vive en una relación mágica con el universo. La política no es para él más que el primer plano de una transmutación gigantesca, en cuyo centro se coloca él.

12

-Hitler no se cansa de expresar, en término más o menos claros o velados, esa voluntad de imponer a Alemania y al mundo un orden nuevo, que él llama la “revolución eterna”. Esa revolución alcanzará a toda existencia humana, dará a la Humanidad, que, según su doctrina, asciende un nuevo escalón cada setecientos años, la definitiva liberación.

13

-En el fondo, todo alemán tiene un pie en la Atlántida, donde busca una patria mejor y un patrimonio más rico. Esa doble naturaleza de los alemanes, esa facultad de desdoblarse, que les permite a la vez vivir en el mundo real y proyectarse en un mundo imaginario, se revela especialmente en Hitler y descubre el secreto de su socialismo mágico.

14

-El nacionalsocialismo es una especie de conjuro mágico. Y Hitler es su sumo sacerdote; o el papa de la nueva religión secreta.

15

-Hitler exponía su pensamiento con ademanes de profeta y de genio creador. Parecía convencido de que vertía ideas exclusivas. No conocía el origen de ellas, y creía que las debía a sus meditaciones solitarias en las montañas.

16

- Hitler se abstenía de carne, de alcohol y del inmundo tabaco, no sólo por razones higiénicas, sino por razones mucho más profundas.

17

-Hitler, por el contrario, creyó siempre en el carácter maléfico del pueblo errante. A sus ojos, el judío es simplemente el mal. Lo considera el amo secreto del mundo que quiere destruir. Lo ve como un mito; agranda al enemigo para agrandarse a sí mismo.

18

-El antisemitismo de Hitler es coherente en cierta medida. Su doctrina esotérica le obliga a profesar odio metafísico al judío. Israel, el pueblo elegido del Dios de los espíritus, debía fatalmente ser considerado como el enemigo mortal del nuevo pueblo elegido alemán, del pueblo arrodillado ante la Naturaleza divinizada, ante el nuevo Baal, el toro de la fecundidad. Un dios expulsó al otro. Tras el antisemitismo de Hitler se desenvuelve ciertamente una guerra de dioses. Se sobrentiende que es el único que ve así las cosas. Los hombres del partido no tuvieron la menor idea de las perspectivas fantásticas que abrían con sus sevicias al espíritu torturado de su amo

19

-Para Hitler, el judío emancipado de su ley, ¿no era siempre y en todas partes el adalid del espíritu individualista, el enemigo mortal del siglo anunciado? ¿No era el profeta de la razón aborrecida, el gran

sacerdote de la ciencia soberana, que, según Hitler, destruyó la vida en lugar de crearla? ¿Podía, acaso, olvidar que todo lo que más detestaba, el cristianismo, la creencia en el Redentor, la moral, la conciencia, la noción del pecado, procedían en línea recta del judaísmo? En la vida política, ¿no estaba siempre el judío del lado de la acción disolvente y crítica? A Hitler no le faltaban razones para justificar su odio, el cual hacía de él un poseso, hasta tal punto que jamás pudo terminar una conversación sin denostar por lo menos una vez a los judíos. Un día me expuso el fondo de su pensamiento

20

-Cuando Hitler residía en Berlín, invitaba siempre a algunas personas a su mesa, invitaciones que se consideraban como prueba de gran favor. Nunca invitaba a más de veinte personas a la vez. El servicio era frugal: en su mesa, como fuera de ella, el Führer daba ejemplo de sencillez. Declaró muchas veces que no cambiaría por nada sus viejas costumbres, ni su indumento, ni su tren de vida. Esa voluntaria simplicidad contrastaba favorablemente con la ostentación fastuosa de los advenedizos del partido.

21

- Hitler no probaba la carne; en cambio, absorbía una cantidad impresionante de platos azucarados. No imponía su régimen vegetariano a sus huéspedes. Hasta admitía que se sirviese alcohol en su mesa, casi siempre cerveza

- En los almuerzos que Hitler ofrecía en Berlín, cambiábamos libremente toda clase de ideas. Hitler permanecía las más de las veces silencioso, o solamente intervenía en la conversación con breves frases; luego, bruscamente, con una voz de trueno que cubría a todas las demás, pontificaba y vaticinaba.

-(Kubizek - Sobre la Iniciación de Hitler) ¡Fue el instante más impresionante vivido al lado de mi amigo! Su recuerdo ha quedado grabado en mí de una manera tan fuerte que incluso los detalles secundarios, como el traje que llevaba Adolf en aquella tarde, el tiempo que hacía entonces, se me aparecen tan nítidos como si aquella vivencia estuviera fuera del tiempo... Lo que más fuertemente ha quedado grabado en mi memoria, al recordar mi juvenil amistad con Adolf Hitler, no son sus discursos, ni tampoco sus ideas políticas, sino aquella escena nocturna en Freinberg. *Con ello se había decidido, de manera definitiva, su destino...* (Pero) quizá no sea la palabra “decisión” la más adecuada; pues no fue una decisión voluntaria, tomada por sí mismo, sino más bien una visión del camino a seguir, que estaba completamente fuera del alcance de su voluntad... Era ya medianoche... (Veníamos de asistir a una representación de Rienz) ... mi amigo caminaba por las calles, serio y encerrado en sí mismo, las manos profundamente hundidas en los bolsillos del abrigo... Aun cuando, por lo general, después de una emoción artística como la que acababa de agitarle, solía empezar a hablar inmediatamente y juzgar agudamente la representación, para liberarse a sí mismo de las opresoras impresiones, después de ésta, la de Rienz, guardó silencio durante

largo tiempo. Esto me asombró. Le pregunté su parecer sobre la obra. Adolf me miró extrañado, casi con hostilidad. - ¡Calla! - me gritó hoscamente. Era una noche sombría y despacible de noviembre. La húmeda y helada niebla se extendía densa sobre las estrechas y desiertas callejuelas. Nuestros pasos resonaban extrañamente sobre el adoquinado. Adolf tomó un camino que lleva hasta las alturas del Freinberg... Adolf estaba más pálido que de costumbre... No había ya nadie a nuestro alrededor. La ciudad quedaba sumida bajo la niebla. *Como impulsado por un poder invisible*, Adolf ascendió hasta la cumbre del Freinberg... (allí) tomó mis dos manos y las sostuvo firmemente. Era éste un gesto que no había conocido en él hasta entonces. En la presión de sus manos pude darme cuenta de lo profundo de su emoción. Sus ojos resplandecían de excitación. Las palabras no salían de su boca con la fluidez acostumbrada, sino que sonaban rudas y roncadas... Lentamente fue expresando lo que le oprimía. Las palabras fluyeron más fácilmente. Nunca hasta entonces, ni tampoco después, oí hablar a Adolf Hitler como en esa hora, en la que estábamos tan solos bajo las estrellas, como si fuéramos las únicas criaturas de este mundo. Me es imposible reproducir exactamente las palabras que dijo mi amigo entonces. (Pero) me llamó la atención algo extraordinario que no había observado jamás en él, cuando me habló lleno de excitación: *parecía como si fuera otro Yo el que hablara por su boca...* No me atrevo a ofrecer ningún juicio sobre esto... *pero era como un estado de éxtasis, un estado de total arrobamiento...* Hasta entonces había estado yo convencido de que mi amigo quería llegar a ser artista, o pintor, para más exactitud, o tal vez, también, maestro de obras, o arquitecto. Pero en esta hora no se habló ya más de ello. Se trataba de algo mucho más elevado para él, pero que yo no podía acabar de comprender... Ahora, sin embargo, hablaba de una

misión... Un joven completamente desconocido todavía para los hombres habló para mí en aquella hora extraordinaria. Habló de una especial misión que algún día le sería confiada. Yo, el único que le escuchaba entonces, no entendía apenas lo que quería decir con todo ello. Habrían de pasar muchos años antes de comprender lo que esta hora vivida, bajo las estrellas, y alejado de todo lo terrenal, había significado para mi amigo. El silencio siguió a sus palabras. Descendimos de nuevo hacia la ciudad. De las torres llegó hasta nosotros la hora tercera de la mañana. Nos separamos delante de nuestra casa. Adolf me estrechó la mano en señal de despedida. Vi, asombrado, que no se dirigía en dirección a la ciudad, camino de su casa, sino de nuevo hacia la montaña. ¿Adónde quieres ir? – le pregunté, asombrado. Brevemente replicó: ¡Quiero estar solo! Le seguí aún largo tiempo con la mirada, mientras él, envuelto en su oscuro abrigo, descendía solo las calles nocturnas y desiertas. Durante los días que siguieron, y también en las próximas semanas, Adolf no volvió jamás a hablarme de esta hora vivida en el Freinberg. En un principio me sentí asombrado por ello y no podía realmente explicarme esta extraña conducta; me era imposible creer que hubiera podido olvidar esta extraordinaria visión. Como pude comprobar treinta y tres años más tarde, no la olvidó jamás en su vida. Pero guardó silencio, pues quería conservar esta hora para sí solo. Comprendí y respeté su pensamiento. Después de todo, ésta había sido su hora, no la mía. Yo no había jugado en ella más que el modesto papel de un amigo adicto y fiel. Cuando en el año 1939, poco antes de que estallara la guerra, visité por vez primera Bayreuth como invitado del canciller del Reich, creí dar una alegría a mi amigo, si le recordaba lo sucedido en aquella hora, en el silencio de la noche, en lo alto del Freinberg. Así, pues, referí a Adolfo Hitler lo que de ello había quedado

grabado en mi recuerdo, porque suponía que la ingente plenitud de impresiones y recuerdos, que en el curso de estos decenios se habrían concentrado sobre él, habrían desplazado por entero aquélla del muchacho de diecisiete años. Pero ya a las primeras palabras pude comprender que se acordaba todavía exactamente de aquella hora, y que sus detalles se habían conservado fielmente en su recuerdo. No cabía la menor duda de que le causó una especial alegría ver confirmados sus propios recuerdos por mi relato. Yo estaba también presente, cuando Adolf Hitler refirió a la señora Wagner, en cuya casa habíamos sido invitados, la escena que había tenido lugar después de la representación del «Rienzi» en Linz. Así, pues, yo vi confirmados mis propios recuerdos de manera inequívoca. De manera inolvidable han quedado también grabadas en mí las palabras con que Hitler concluyó su relato a la señora Wagner. Dijo, gravemente: -En aquella hora empezó.

24

-¡No tengo conciencia! Mi conciencia se llama Adolf Hitler (Goering)

25

-Hitler no era un dictador. Se dejaba empujar por fuerzas exteriores, incluso a menudo contra su propia convicción. La suma de esas fuerzas era la que lo impulsaba hacia adelante.

26

-¿Está loco Hitler? Sin duda que cuantos han tenido la ocasión de tratarle se habrán hecho esa pregunta. Quien haya visto de frente a este hombre y luego haya advertido

la extraña fijeza de sus ojos, habrá experimentado, como yo, la inquietante sensación de hallarse en presencia de un ser anormal. Se le veía durante larguísima ratos silencioso, sin mover siquiera las pestañas, ¿Estaba atento? ¿Estaba ausente? Jamás, que yo sepa, ningún visitante ha mantenido un verdadero diálogo con él

27

-Lo que es más grave y acusa posible trastorno mental son los fenómenos de persecución y de desdoblamiento de la personalidad. Su insomnio no es otra cosa que la sobreexcitación de su sistema nervioso. Se despierta a menudo durante la noche y manda encender las luces. En estos últimos tiempos llamaba a varios jóvenes y les obligaba a compartir sus horas de espanto. En ciertos momentos esos estados morbosos adquirían un carácter de obsesión. Un familiar suyo me dijo que se despertaba de noche dando gritos convulsivos. Pedía socorro. Sentado al borde de la cama, quedaba como paralizado. Le invadía un pánico que lo ponía tembloroso, hasta el punto de sacudir la cama. Profería vociferaciones confusas e incomprensibles. Jadeaba como si se ahogara. La misma persona me contó una de esas crisis con algunos pormenores, que me negaría a creer de no porvenir de fuente tan fidedigna. Hitler estaba de pie en su cuarto, vacilante, mirando entorno con aire extraviado. “¡Es él, es él! ¡Ha venido aquí!”, gemía. Tenía los labios azules. El sudor le chorreaba en gruesas gotas. De pronto pronunció cifras sin ningún sentido; luego, palabras y frases incompletas. Era espantoso. Empleaba términos sumamente extraños, con estafalaria ilación. Calló, aunque seguía moviendo los labios. Se le dieron fricciones y una bebida balsámica. De repente rugió: “¡Ahí, ahí, en el rincón! ¿Quién está ahí?” Pateaba y gritaba. Se le confortó diciéndole que nada ocurría de

extraordinario, y se aplacó poco a poco. Luego durmió algunas horas por la mañana, y despertó normal y soportable. ¿Y cómo explicar que tantos visitantes queden en éxtasis en cuanto ven a Hitler y vivan ya en adoración permanente a su genio dominador? No hablo de gente vulgar, sino de hombres cultos, ricos de experiencia y de sentido crítico. ¿Qué encantamiento sufrieron para no poder expresar sino con balbuceos lo que sintieron?

28

-Gerhart Hauptmann fue introducido en presencia del Führer. Este le estrechó la mano y le miró a los ojos. Era la famosa mirada de la que habla todo el mundo, esa mirada que da escalofríos, y de la cual un jurista encumbrado y de edad madura me dijo un día que, habiéndola sufrido, no tenía ya más que un deseo: el de regresar a casa para recogerse y asimilar ese recuerdo único. Hitler estrechó otra vez la mano de Hauptmann. “Ahora—pensaban las personas presentes—van a oírse las palabras inmortales que entrarán en la Historia.” “Ahora”, pensaba Hauptmann en su íntimo. Y el Führer del Reich, por tercera vez, apretó la mano del gran poeta... y pasó al visitante siguiente. Lo cual no impidió que Gerhart Hauptmann dijera a sus amigos, un poco más tarde, que ese saludo constituía la culminación y la recompensa de toda su vida...

29

-¿Por qué Hitler impresiona así a sus visitantes? Forzoso es que pensemos en los médiums. Las más de las veces son seres vulgares e insignificantes. Repentinamente les llegan, como llovidos del cielo, dones que los elevan por encima del nivel común. Esos poderes son exteriores a

su personalidad real. Afluyen de otro plano. El médium es un poseso. Libre de su demonio, no sale de la mediocridad. Así es, sin duda, como ciertas fuerzas penetran en Hitler, y cuando esto sucede, el personaje no es más que la envoltura momentánea.

30

-Tuve a menudo ocasión de escudriñarme a mí mismo, con toda frialdad, y confieso que en presencia de Hitler me he sentido bajo la acción de un influjo del que me ha costado desprenderme.

31

-Hitler es exigente... Toda lectura continuada le repugna. Abre un libro y lo tira al cabo de algunas páginas. A pesar de lo cual, se formó una biblioteca importante: le gustan los libros, las hermosas ediciones y las ricas encuadernaciones... Lo que tiene de más simpático es su gusto por los paseos solitarios. Se embriaga con el olor de los bosques, en las altas montañas. Sus paseos son su culto y sus preces. Contempla las nubes y presta oídos a las gotas que lloran los pinos. Oye voces. Así lo encontré yo en cierta ocasión. Entonces no reconoce a nadie; quiere estar solo y huye sistemáticamente de sus semejantes.

32

-Un día que le Führer estaba de humor risueño, una amiga suya, y que no carecía de ingenio, se atrevió a hacerle una advertencia: "Mi Führer—dijo—, no escojáis la magia negra. Todavía hoy podéis elegir entre la magia blanca y la magia negra. Pero desde el momento en que os decidáis por la magia negra quedaréis esclavizado por

ella. No escojáis la torcida senda del triunfo rápido y fácil. Tenéis aún abierto ante vuestros pasos el camino que conduce al imperio de los espíritus puros. No os dejéis desviar de ese buen camino por criaturas adheridas al barro, que os roban vuestra fuerza creadora” Este lenguaje místico no disgustaba a Hitler, por lo menos en ciertos momentos. Sus íntimos lo sabían; utilizaban música para él como medicina.

II PARTE

ENSEÑANZAS DE LOS SABIOS DE LA TRADICIÓN

El Verdadero Sentido de la Revolución NS

La revolución verdadera, positiva, creadora —única, entre los trastornos políticos de todos los siglos, desde la Antigüedad— era el retorno a las fuentes, bajo el mandato de un jefe y maestro cualificado: a la vez iniciado-estratega y detentador supremo de la autoridad política; profeta de la doctrina “nueva” (o más bien eterna) y fundador del orden visible correspondiente; investido, como decía antes, con el “poder de las dos llaves” —elegido por las fuerzas de la vida que militan con cada vez mayor encarnizamiento impersonal, a contracorriente de las tendencias fatales del ciclo que se acerca a su fin. La revolución verdadera era el esfuerzo por la restauración de una sociedad tradicional, jerarquizada según valores intangibles y eternos; sociedad que reposa sólidamente en la tierra, al mismo tiempo que lleva a su elite de raza, de carácter y de conocimiento, más allá de lo humano, como la planta de largos tallos serpeantes, que mantiene en la superficie del estanque, lejos de la boca que alimenta, a sus lotos rústicos, abiertos a la luz (SD, p. 313)

Las pruebas para alcanzar la transfiguración del Hombre

Parece que Hitler consideró esta “mutación —que, como la iniciación de los “dos veces nacidos” de la India antigua, o como la de los hombres libres de la Grecia pagana en los “misterios” concernía solamente a la raza de los arios— como el resultado de una dura serie de pruebas”. Pensaba que era demasiado tarde para imponer tal ascesis a la generación ya madura. Era la juventud, esa “espléndida juventud” que Adolf Hitler amaba —y cuyos destinos trató de guiar aún “en los siglos por venir”, al redactar su testamento político, bajo los

truenos de los cañones rusos— la que debía sufrir una ascesis como aquella, y salir de la misma transformada, endurecida, embellecida, elevada a un escalón superior del ser, escalón que una elite en el seno de la elite debería aún superar (SD, p. 315).

El verdadero sentido de la Educación

La instrucción y la cultura, y a fortiori la posibilidad de un desarrollo espiritual avanzado —en la sociedad europea dominada por su elite germánica, que el Führer hubiese reconstruido, si hubiera podido— debían reencontrar el carácter secreto —propriamente iniciático— que habían tenido en la más remota antigüedad: entre los germanos de la Edad de Bronce como en el Egipto de los faraones, y en las Indias. Debían ser reservados a los privilegiados (SD, p. 318).

Hitler, un Avatar de Krisna

Y el iniciado es el que vive en lo eterno y actúa según los mismos principios que rigen al Universo. Un hindú de los que, al comienzo de la segunda guerra mundial y ya antes, había saludado en la persona de Adolf Hitler un “Avatar de Vishnú”, y al “jefe de todos los Aryas”, me decía que lo reconocía como tal, por el hecho de que el Führer quería “devolver al sistema de castas su sentido original, y después, extenderlo al mundo entero”. En él, precisaba este hindú, habría reaparecido aquel que, hace miles de años, declaraba al héroe Arjuna: “De mí han emanado las cuatro castas, creadas para la distribución diferente de las cualidades (SD, p. 324).

La Iniciación de Hitler en la Tradición

A pesar de las polémicas que siempre desencadena el nombre del Führer, después de más de treinta años de la desaparición de su persona física, hoy no cabe ninguna duda de su iniciación en un poderoso grupo esotérico, en conexión directa con la Tradición primordial (SD, p. 324).

La Moral Aria vs la moralina moderna

En efecto, lo que les impide a priori reconocer la verdad del hitlerismo es la ausencia total en éste de antropocentrismo, y la enormidad de los “crímenes de guerra” y “crímenes contra la humanidad”, a los que está ligado históricamente. En otras palabras, sus detractores le reprochan estar en desacuerdo con la “conciencia universal”. Ahora bien, esta muy famosa “conciencia universal” no existe; nunca ha existido. Como mucho, es solamente el conjunto de prejuicios comunes a las gentes de una misma civilización, en la medida en que éstas no piensan por sí mismas —lo que quiere decir que no es universal en absoluto. Y es más, el desarrollo espiritual no es una cuestión de moral, sino de conocimiento; de visión directa de las leyes eternas del ser y del no ser. En las antiguas “Leyes de Manú”, cuyo espíritu está tan cerca del de los fieles más clarividentes del Führer, está escrito que “un brahman que poseyera el Rig-Veda entero” —lo que no quiere decir que supiera de memoria los 1009 himnos que componen este escrito, el más antiguo de lengua e inspiración arias, sino que poseyera el conocimiento supremo (la iniciación) que implicaría la comprensión perfecta de los símbolos que se ocultan bajo las palabras y las imágenes que estas palabras evocan— está escrito, digo, que ese brahman “no sería ensuciado por ningún crimen, aunque hubiese matado a todos los habitantes de los tres mundos, y aceptado alimento del hombre más vil” 1. Ciertamente,

un hombre así, que hubiese trascendido toda individualidad, actuará sin pasión, y como el sabio del que se habla en el Bhagavad-Gîta, “en el interés del Universo”. Pero de esto no se deduce de ninguna manera que su acción debe corresponder a una moralidad centrada en “el hombre”. Incluso, se podría alejar mucho de ésta. Porque a veces “el interés del Universo” —el acuerdo entre la acción y las exigencias profundas de un momento de la historia, que el iniciado capta, desde el ángulo del “eterno presente”— exige el sacrificio de millones de hombres, incluso de los mejores (SD, p. 324).

Sobre los iniciadores de Hitler

Mucho se ha hablado también de la influencia determinante que habrían tenido sobre Hitler lecturas de un carácter esotérico y mesiánico muy particular, entre otros los escritos del antiguo monje cisterciense Adolf Josef Lanz, conocido por Jörg Lanz von Liebenfels, fundador y Gran Maestro de la “Orden del Nuevo Templo”, y su revista Ostara. Se ha recordado también su estrecha relación con Karl Haushofer, miembro de la “Sociedad del Vril”, versado en el conocimiento de doctrinas secretas que le habrían sido reveladas en las Indias, Tíbet y Japón, y muy consciente del inmenso “poder mágico de la Cruz Gamada”. También se ha subrayado el papel de iniciador que habrían tenido Dietrich Eckardt al lado del Führer —o Dietrich Eckardt y Rudolf Hess, aunque uno y otro se hayan presentado siempre ante la vida pública como sus fieles discípulos y colaboradores. En su lecho de muerte, Dietrich Eckardt habría declarado a sus hermanos de la Sociedad de Thule, que los maestros de dicha sociedad —como él mismo, pues habría dicho “nosotros” refiriéndose a dichos maestros— habrían dado a Adolf Hitler “el medio

para comunicar con ellos”, es decir, con los “desconocidos superiores” o “inteligencias fuera de la humanidad”, y que él, Eckardt, habría “influido en la historia más que ningún otro alemán” (SD, p. 326).

Sobre el poder magnetizador de Hitler.

Si se quiere hacer intervenir algo de “parapsíquico” en la historia de la carrera política de Adolf Hitler —como creo se tiene derecho a hacer—, el magnetizador es entonces él, cuyo poder para la exaltación y transformación de los humanos, sólo mediante su palabra, es comparable al poder, en otros tiempos, de Orfeo, por el encantamiento que su lira provocaba sobre hombres y fieras (SD, p. 330).

Hitler como Avatar.

Si, por otra parte, vemos a Adolf Hitler como una de las figuras —y sin duda la penúltima— del que vuelve cuando todo parece perdido; si le vemos como al más reciente de los numerosos precursores de la suprema encarnación divina o último mensajero de lo eterno (del Mahdi de los mahometanos; del Cristo que vuelve lleno de gloria de los cristianos; del Maitreya de los budistas; del Saoshyant de los mazdeos; del Kalki de los hindúes, o como se le quiera llamar que debe poner fin a este ciclo y abrir la Edad de Oro del siguiente), entonces, todo se comprende. Entonces es natural que haya sido un adolescente, y entonces un niño excepcional; un niño para el que un signo, una palabra, nada (o lo que podía parecer “nada”, a los ojos de los demás) bastaba para despertar en él la intuición intelectual. Entonces nos es permitido pensar, que desde los años de la escuela 1896-97, 1897-98 (y parte de 1898-99) que pasó como alumno en el colegio de la abadía benedictina de Lambach-am-

Traun, en la Alta Austria, la magia de la cruz gamada — poderoso símbolo cósmico, evocador inmemorial de la verdad— le captó, penetró, dominó; es decir, que se identificó con ella —más allá de la exaltante solemnidad del culto católico— para siempre. Pues el reverendo padre Theodorich Hagen, abad de Lambach, treinta años antes había hecho grabar este signo sobre los muros, el maderamen, en todos los rincones del monasterio, por paradójica que tal acción pueda parecer y “sin igual” en ningún convento cristiano 1. Y el joven Adolf Hitler, con nueve años en 1898, diez en 1899, mientras cantaba en el coro, tenía “justo frente a él”, sobre “el alto dosel del sillón del abad”, en el centro mismo del escudo heráldico del padre Hagen, el antiguo símbolo, destinado a permanecer unido a su propio nombre para siempre (SD, p. 333).

III PARTE

ÉTICA Y FORMACIÓN DE LAS SS

Publicado por Decisión Regia el

12.SN.130 nHk